

CUENTO N° 63

TÍTULO: NEGRA HISTORIA DE PIJES DESADAPTADOS

SEUDONIMO: EL MASCARA ROJA

AUTOR: BERNARDO PATRICIO AMIGO PARADA

NEGRA HISTORIA DE PIJES DESADAPTADOS

El Máscara Roja

Los dos autos corrían por la noche santiaguina, tragándose las calles. En cada viraje había algo de esa violencia escandalosa de la pandilla, conmovida, ahora, por el aguijón de aquella amenaza apabulladora.

--“**¡Cómprate un revolver de cañón bien largo, ¡huevón!, y apenas me veai, ¡dispara! Si no lo hací, te voy a matar de susto, ¡¡¡RETUTATUTATE!!!**

Como punto final, “*El Erickson*” había hecho un rápido movimiento de hombros, que hizo ponerse en guardia a “*El Christian*” y asustó a todos los presentes. Incluso, al Oficial de guardia, el Teniente Arturo Fontaine ., que temió un alboroto en la propia Comisaria.

“*El Erickson*” era atrevido. Tanto, que bien podría haber reiniciado el frustrado duelo en la misma sala de guardia. Y su violencia era temeraria, demencial. Se creía inmortal.

Administraba un local del Mercado Persa y su negocio consistía en reducir robos a “precio de huevo”. Trataba a los ladrones con la punta del pie y a los policías se los echaba al bolsillo, como si fueran de juguetes. Todos, le tenían una extraña mezcla de admiración, respeto y, no pocos, más que miedo, pavor.

“*El Erickson*”, no usaba armas y nunca se le vio atolondrarse y llegar a los hechos con algún rival. Le bastaba iniciar el alboroto y poner cara de indignación. Gritaba un par de garabatos y... no le importaba cuantos eran los que tenía adelante. Todos se achicaban. Los más audaces y valientes preferían dar media vuelta y marcharse.

Había transcurrido más de 48 horas, desde aquel enfrentamiento, y el tiempo, que todo lo borra, no hizo más que robustecer el encono de “*El Christian*”. **Todos** habían quedado boquiabiertos, cuando “*El Erickson*” avanzó entre las mesas del cabaret, botando vasos y salpicando a todo el mundo. Su actitud, frente a la mesa donde estaba el *estado mayor* de la pandilla, fue, sencillamente, suicida. Les dijo a todos ¡pa’ su madre! Aquello, fue el más estrepitoso atropello a la condición de “*local*” de “*El Christian*”, ¡¡¡y a su soberanía, en los bajos fondos santiaguinos!!!. Por eso, “*El Christian*” farfullaba sus maldiciones con tanta rabia contenida.

El “Tatán Urrejola” se atrevió a comentar:

El Máscara Roja

--***“Tiene que estar loco este huevón. ¡Si andaba solo! “La Pamela”, me contó que había llegado hacía poco y se estaba tomando una “piscola”, con una maraca del barrio. Podríamos haberlo cortado en pedacitos, al hueviche. Le salvaron la vida los “pacos,” de la comisión civil.”***, recordó *“El Tatán”*, evocando con amargura y un poco de vergüenza, lo ocurrido la noche anterior, en el cabaret *“Aquí esta Lucho”*

El lupanar del Lucho era una suerte de sede social de la pandilla de “El Christian”, amo y señor de las noches santiaguinas, de sus muñecas callejeras y de los pandilleros que hacen de “guarda espaldas” de los financistas del juego clandestino, de los contrabandista y de los administradores del comercio sexual.

RECORDEMOS LOS HECHOS

En la noche del domingo de Gloria -y luego de una Semana Santa, en que burdeles y quintas de recreos se mantuvieron cerrados- la pandilla se había dado cita en el templo del marica Lucho. Con 2 noches de tanta tranquilidad, estos “pijes” estaban ganosos, más locos que nunca y con insaciable maldad interior.

En esas condiciones, en ese ambiente proclive a la violencia y al desorden, *“El Erickson”* había sacado a bailar a una putita que estaba en el mesón. Pero, desde lejos, el cafique ordenó un retiro inmediato y perentorio, que la muchacha obedeció. Solo que antes, en un par de segundos, o algo así, el choque de miradas entre la mujer y su hombre fue captado, o presumido, por *“El Erickson”*.

--***“¿Qué pasa?”***, preguntó el matón del Mercado Persa.

--***“¡No, nada. Es que me están llamando!”*** exclamó la muchacha.

Entonces *“El Erickson”*, que había quedado sólo en la pista, caminó paso a paso hasta la punta de la vara y desde allí examinó, cuidadosamente, la escena. Le bastó un “pestañeo” para identificar al cafique. Desenredó la madeja y en el extremo del hilo, encontró la figura altanera, fría y agresiva de *“El Christian”*. De él había salido la provocadora orden de quitarle la mina, para dejarlo solo, saboreando su amargo desamparo; y para que entendiera que era un invitado de piedra que no cabía en esa fiesta.

El Máscara Roja

Así era “El Christian”. Extremadamente arbitrario y groseramente odioso. Dictaba sentencias implacables, eligiendo a sus víctimas al “ene-tene-tu”. Afortunadamente, esa vez, la sangre no alcanzó a llegar al río. Primero, llegaron los guardianes del orden.

Los carabineros hicieron 2 disparos al aire y el cabaret, se llenó de policías de civil.

En su atrevida bravata, “*El Erickson*” había alcanzado a gritar:

--“¡A mí no me espanta la mujer ningún cafiche de mierda! ¡¡¡¿Oíste huevón?!!!

“*El Christian*”, tiró a pararse para saltar sobre el desafiante, cuando sonaron los disparos.

--“¡Todos contra la pared!.. ¡Hombres y mujeres!”, fue la orden policial.

Tras ser cuidadosamente allanados, se les sacó a la calle y se les hizo subir a un bus. Solo “*El Erickson*” y “*El Christian*”, fueron esposados y llevados a sendos radio patrullas.

Al día siguiente y en la sala de guardia, cuando iban a ser puestos en libertad, previo pago de una multa por pendencieros, surgió la declaración de guerra o, más bien, el certificado de defunción de por lo menos uno de los “*guapos*” en pugna.

UN POCO DE HISTORIA

La artificiosa pandilla de “El Christian” estaba,, curiosamente, formada por ex alumnos de un liceo del barrio Recoleta, desde cuyos escondites, para fumar en los recreos, y desde los billares, donde hacían la cimarra, saltaron: a la vida real de los cuarteles policiales, convertidos en detectives, y al submundo del delito, tratando de ser matones.

Se caracterizaban, más que nada, por la edad de sus integrantes. Veinteañeros, todos guapos, que presumían ser inmortales. Insolentes e irresponsables; cuya soberbia los marcó con sangre y tragedia, sin diferenciar mucho, los que se hicieron policías de los que prefirieron quedarse en la fanfarria callejera.

Los pandilleros tenían en común, además, pertenecer a conocidas familias de la sociedad santiaguina. Descarriados prematuros, llegaron al liceo de Recoleta, expulsados de la Escuela Militar, del Instituto Nacional, del Liceo Lastarrias y de colegios particulares. Y aunque ninguno terminó las humanidades, todos se las arreglaron para seguir gozando de un nivel económico alto, a costa de actividades desarrolladas al margen de la Ley.

El Máscara Roja

“El Pije Ortúzar”, especie de lugarteniente de “El Christian”, llamaba a todos los otros de “viejos rotosos” y aseguraba que no les tenía miedo, sino, asco. A él, lo habían bautizado, despectivamente, como “El Pantruca”, por su rostro deslavado, tan distinto a la piel morena de la mayoría.

Más que un conflicto social entre hampones, lo que los separaba, como al aceite del vinagre, era una suerte de “shock generacional”. Por ejemplo, “El Erickson” era un cuarentón que, para “El Christian” y su pandilla, era un sujeto acabado, un guapo pasado de moda, un testarudo al que había que apurarle su fin, sacarlo de la escena o, simplemente, eliminarlo para siempre.

¡Precisamente, eso se había programado aquella noche!

Además, estaba la tremenda presión de la amenaza de muerte.

“El Erickson” había sido taxativo y categórico.

--“¡Cómprate un revolver de cañón bien largo y apenas me veai, ¡dispara!. Si no lo hacis, te voy a matar de susto!”, con un odioso punto final: **“¡RETUTATUTATE!”**

¡LEVANTATE Y MATA!

En el auto de adelante, un Chevrolet azul-claro con techo repujado, viajaban: *“El Christian”, “El Pije Ortúzar”, “El Tatán Echeverría”* y Felipe, el hermano menor de “El Cristian”, que hacía de chofer. En el auto de atrás, un Pontiac negro, iban *“El Carolo”, “El Gato Muñoz”, “El Chupete Eguiguren”* y *“El Negro Varas”*. Todos, los de ambos autos, iban armados y, todos, también, sabían que esa noche debutaría una de esas armas que “carga el diablo y disparan los estúpidos”.

Los autos disminuyeron la velocidad, al llegar a esa suerte de “barrio Rojo”. Doblaron por Balmaceda hacia San Martín, casi a la vuelta de la rueda. Rodaron todavía unos 50 metros, con el puro vuelo y se detuvieron frente a las puertas del Bar Restaurante, *“El Persa”*, increíblemente tranquilo lugar de encuentro de lanzas, escaperos, ladrones de automóviles, reducidos de robos y ramerías de la vecina calle Hurtado de Mendoza. Esta suerte de feria libre del pecado, repleta de casas de putas, tenía una sola cuadra, muy próxima a la esquina de General Mackenna y San Martín, donde reposaba su vieja arquitectura, el bar-restaurant *“El Persa”*.

Desde el Pontiac negro se bajaron *“El Gato Muñoz”* con *“El Carolo”* y avanzaron, nerviosamente, hacia el negocio. En los autos reinaba un silencio casi absoluto.

El Máscara Roja

En el interior de la cantina, más de una veintena de hombres sentados en mesas de a 3 y de a 4, hablaban todos a la vez. Algunas vecinas, identificadas por su exceso de maquillaje, aportaban olor a perfume intenso y agudas risotadas.

Mientras “*El Carolo*” fue directo a la caja para comprar cigarros, “*El Gato Muñoz*” rastreó, felinamente, todo el panorama, comprobando que en una de las mesas del fondo estaba “*El Erickson*”, con otros 2 sujetos, consumiendo unas cervezas.

Eran las 11 de la noche y 14 minutos, cuando “*El Gato*” y “*El Carolo*” salieron del bar. La hora la comprobó “*El Christian*”, en su reloj pulsera de oro, al momento en que los 2 hombres se acercaron al Chevrolet celeste, para informar en voz baja que la presa estaba allí. Además, con una mueca, explicaron que se encontraba: al fondo, a la izquierda, junto a la puerta del baño.

--“**Ya, ¡partíste!**” – fue la orden escueta de “*El Christian*”.

“*El Pije Ortúzar*”, o “*El Pantruca*” no tenía pasta de matón y menos de pistolero. Si estaba allí, era por su tremenda adicción a la holgazanería. Desde muy niño, “*El Pije Ortúzar*” se había perfilado como la más oscura y sucia de las ovejas negras.

Sus muy distinguidos familiares le habían conseguido muchos empleos. Todos de buen nivel socio-económico y escasa exigencia técnico-cultural, porque, “*Queco*”, como le decían sus parientes, no había podido saltar la barrera del cuarto año de humanidades. Sin embargo, en ninguna ocupación duró más de un par de meses.

Sergio Ortúzar, bajó del auto y se dirigió al bar, arreglándose la chaqueta y mascullando la orden que debía ejecutar. El taconear de los toperoles metálicos de sus zapatos, le daban ritmo a su diabólica copla:

--“**¡No puedo fallar! ¡lo tengo que matar!**”

El ingreso de Ortúzar a la cantina, fue advertido, casi al instante, por todos los parroquianos. Solo alcanzó a llegar a la barra, pidiendo en voz alta un pisco doble, cuando allá en el fondo, “*El Erickson*”, se puso de pie y gritó:

--“**¡Que venis hacer aquí, ¡mierda!**”

Nadie en la cantina tuvo el menor asomo de dudas sobre el autor del denuesto y su destinatario. Ambos hombres, sin pestañar, se encadenaron con las miradas.

